

El rechazo a retornar al proceso negociador, la Intifada como estrategia nacional y la creación de un gobierno de unidad son los ejes del relanzamiento de la resistencia palestina

El futuro de la Intifada

La emergencia de una 'tercera vía'

El fracaso del proceso de Oslo y la brutalidad desmedida de la represión israelí, junto a los constantes abusos por parte de la Autoridad Palestina (AP) —vista en ocasiones como cómplice de las políticas de ocupación, separación y aislamiento practicadas por el Estado hebreo—, ha creado en los territorios palestinos un vacío político y económico que ha sido llenado por la violencia, la pobreza y la incertidumbre¹. Esta continuación de la violencia suena como un desafío a EEUU que ha deseado que la calma volviese a la zona y que las negociaciones de paz fueran retomadas, con el fin de asegurarse el apoyo del mundo árabe-islámico a su campaña de represalias contra Afganistán tras el atentado del 11 de septiembre contra Nueva York y Washington. Sin embargo, los enfrentamientos han alcanzado una virulencia sin precedentes, agravada de forma extraordinaria por la reocupación militar de Israel desde el 18 de octubre de las ciudades de Ramallah, el-Bireh, Yenín, Belén, Beit Yala y Beit Sahur, bajo soberanía palestina, como castigo por el asesinato de su ministro de turismo, reivindicado por el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP).

Begoña Valle Simón

Arabista. Investigadora del Centro Español de Relaciones Internacionales (CERI)

APESAR de la consiguiente ilegalización de todas las facciones armadas decretada por la AP, la continuación de las acciones bélicas y los asesinatos selectivos de líderes palestinos perpetrados por Israel —entre otras políticas atroces que, en nombre de la persecución del terrorismo palestino disfrazan un verdadero terrorismo de Estado—, han venido a crispas aún más la situación política en Cisjordania y la franja de Gaza, donde el poder de Yaser Arafat se ve contestado a diario por las diferentes milicias que se niegan a respetar el fallido alto al fuego acordado el 26 de septiembre pasado entre la AP e Israel, y reclaman la continua-

ción de la Intifada hasta conseguir acabar con la ocupación.

Los grupos de la resistencia palestina, compuesta por diferentes facciones armadas que operan bajo nuevos nombres como las Brigadas Abu Ali Mustafa (Kata'ib Abu 'Ali Mustafa), la Brigada de los Mártires de al-Aqsa (Kata'ib Shuhada' al-Aqsa), las Fuerzas de Badr (*Quwwat Badr*), entre otros, son aparentemente fuerzas autónomas dentro del movimiento nacional y no forman parte de la AP. Articulan su política tanto de forma independiente como a través de las Fuerzas Nacionales e Islámicas (FNI), una coalición de 14 facciones políticas, creada a raíz de

¹ Véase Roy, Sara: "Palestinian Society and Economy: The Continued Denial of Possibility", *Journal of Palestine Studies*, núm. 4, verano 2001, pp.: 5-20.

la Intifada del Aqsa, entre las que se cuentan, además de una gama de los componentes de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), la oposición secular y las facciones islamistas². Su cometido es el de proporcionar al levantamiento una estructura operativa y organizativa. A pesar del hecho de que la AP sigue siendo oficialmente responsable de la política nacional, las FNI —con Fatah a la cabeza³— han ido asumiendo un mayor protagonismo político. Paradójicamente, a pesar de la no presencia de la AP en el levantamiento, éste ha estado dirigido en gran medida por el propio partido de Arafat, Fatah.

Mientras la dirección palestina lucha por mantener las riendas de los diferentes grupos, a pesar de la falta de una solución política a la vista, las principales facciones de oposición hacen constantes llamamientos a la continuación de la resistencia. Los programas de unos y otros, por tanto, difieren notablemente. El objetivo de las FNI es la liberación nacional, el de la AP resucitar el proceso de negociación. Para las primeras, la Intifada es una guerra; para la segunda, es una forma de presión diplomática. La confrontación entre

estos dos puntos de vista parece, pues, inevitable. Pero en esta ocasión, como veremos a continuación, la siempre compleja relación de fuerzas en el intrincado tablero palestino, ha variado, fruto del mismo proceso de Oslo. El mayor desafío al que se enfrenta la AP dentro de la escena política palestina no parece ser el planteado por la corriente islamista. En la actualidad, el mayor dilema de Arafat proviene de las filas de su propio partido.

A pesar de que la AP sigue siendo oficialmente responsable de la política nacional, las FNI han ido asumiendo un mayor protagonismo



La corriente islamista

El fracaso en julio de 2000 de las negociaciones israelo-palestinas celebradas en Camp David supuso todo un triunfo para la corriente islamista, opuesta en todo momento al proceso de Oslo. Sus principales representantes son el Movimiento de Resistencia Islámico (Hamás) y la Yihad Islámica. A diferencia de la Yihad —movimiento básicamente centrado en la lucha armada antiisraelí, cuya influencia en la política palestina es muy reducida—, Hamás es un movimiento social y político que cuenta con una importante implantación en Cisjordania y Gaza,

2 Movimiento de Liberación Nacional Palestino (Fatah); Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP); Movimiento de Resistencia Islámico (Hamás); Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP); Partido Palestino del Pueblo (PPP); Unión Democrática Palestina (FIDA); Frente de Lucha Popular de Palestina; Frente de Liberación Palestino; Movimiento de la Yihad Islámica; Frente de Liberación Árabe; Frente Árabe Palestino; Frente Popular – Comando General; Partido de Salvación Nacional Islámico; Pioneros Populares para la Guerra de Liberación (*Sa'iqqa*).

3 Fatah es, sin ninguna duda, el partido dominante en los territorios palestinos. La influencia de las formaciones de izquierda —FPLP, FDLP y PPP (ex PC)— es en la actualidad muy reducida, a pesar de haber gozado en otros tiempos de una fuerte implantación.

lo que le convierte en rival y competidor de Fatah por el poder político. Tras el colapso de las negociaciones y vigorizado además por el éxito de Hizbollah en el sur del Líbano en mayo de ese año, Hamas esperó regenerar el apoyo palestino a su alternativa a las negociaciones: resistencia hasta la liberación.

Sin embargo, a pesar del esfuerzo realizado para fomentar y proporcionar liderazgo a la resistencia nacional a gran escala, el papel del Movimiento de Resistencia Islámico durante la Intifada del Aqsa ha sido más marginal de lo que él mismo esperaba⁴.

Aunque la Intifada casaba perfectamente con los deseos de Hamas, ha sacado a la luz una mezcla de realidades, no todas favorables a esta corriente islamista. De nuevo ha tenido que enfrentarse con la formidable cuestión de si verdaderamente puede o no representar una significativa alternativa en un espacio palestino totalmente ocupado por la AP, y dentro de un contexto regional e internacional que respalda sin fisuras los acuerdos de Oslo.

La primera de esas realidades a las que el Movimiento de Resistencia Islámico ha tenido que hacer frente como resultado de este levantamiento es que la Autoridad Palestina no sólo controla el proceso de paz, sino que también es capaz de participar en un proyecto de resistencia, lo que Hamas pensó que era un asunto de su exclusiva competencia. La fuerza dirigente de la actual Intifada es Fatah, el partido de la

Autoridad Palestina de facto, y no Hamas.

La segunda constatación es que Fatah supera en presencia a las células armadas de Hamas y de la Yihad Islámica, y goza además del privilegiado respaldo de las fuerzas de seguridad de la AP. De la noche a la mañana, Hamas y otras facciones de la oposición se han enfrentado a la pérdida de su monopolio sobre el llamamiento a la resistencia armada. Es más, cuando ese llamamiento se hizo realidad en un movimiento de resistencia nacional, fue secuestrado por la AP.

La AP empleó los medios de comunicación, sobre todo la televisión nacional que está bajo su total control, para dirigir la Intifada y acumular apoyo para ese combinado proyecto de la Autoridad Palestina y sus bases. En definitiva, la AP tomó la iniciativa en

la Intifada, y Hamas y otros únicamente la pudieron seguir.

Por otro lado, Hamas no ha podido ocultar por más tiempo el éxito obtenido por la AP en su tarea de inhabilitar al movimiento y la eficacia de la coordinación en materia de seguridad llevada a cabo con Israel, la CIA, y en ocasiones, Jordania. Tras años de sofisticado trabajo conjunto teniendo por objetivo el asesinato o la detención de sus líderes militares, el desmantelamiento de sus células, la infiltración de sus estructuras por colaboradores, la destrucción de su infraestructura social, y otras tácticas, la rama militar de Hamas había sido paralizada.

la AP no sólo
controla el
proceso de paz,
es también
capaz de
participar en un
proyecto de
resistencia



4 Véase Hroub, Khaled: "What Hamas Could (Not) Deliver in the Uprising", Washington, Center for Policy Analysis on Palestine. *Information Brief*, núm. 63, 29 de enero de 2001.

La herida infringida en el movimiento ha hecho que éste no haya podido responder de manera efectiva a los desafíos que plantea la resistencia, ni esconder sus acumuladas pérdidas. Los ataques a pequeña escala que Hamas ha lanzado recientemente son menores en comparación a sus actividades entre 1994 y 1996. Algunas figuras de Hamas tratan de disfrazar la debilitada habilidad de su movimiento a la hora de cometer ataques armados diciendo que su actual política es una decisión consciente que intenta privar a Israel de la utilización posterior de las víctimas de los ataques en la batalla diplomática.

Por último, Hamas ha podido comprobar de manera dolorosa la escasa repercusión de la ayuda árabe e islámica. A pesar de contar con la simpatía popular en muchos países, la realidad confirma que ese apoyo se materializa en poco, revelando una vez más la escasa permeabilidad de los regímenes árabes y musulmanes a sus sociedades.

Frente a estas realidades, las voces pragmáticas dentro de Hamas presionan al movimiento para que adopte una alternativa que le permita no aislarse y participar más de cerca en la vida política palestina y en las negociaciones, ya que si se contenta con llevar a cabo algunas acciones armadas esporádicas como expresión de su postura de rechazo, no presentará nada nuevo que afecte lo

esencial de los acontecimientos, y el aumento en el apoyo popular no será sino la expresión del desencanto y la desesperación⁵. Entre los más moderados de Hamas, por tanto, se ha abierto un tímido debate sobre la necesidad de la elaboración de un nuevo discurso y nuevas políticas que le permitan involucrar a aquellos simpatizantes deseosos de ejercitar una labor de oposición efectiva, pero temerosos de las represalias de las autoridades palestinas e israelíes por los ataques armados de los más extremistas.

Hamas ha
podido
comprobar la
escasa
repercusión de
la ayuda árabe e
islámica. A pesar
de contar con la
simpatía
popular en
muchos países



El papel de Fatah

Las fuerzas políticas y militares que han estado dirigiendo la Intifada son cuadros de base de la organización de Fatah del presidente Yaser Arafat, perteneciente a la OLP. Estas fuerzas, conocidas en árabe como el *tanzim* (organización), están compuestas fundamentalmente por jóvenes líderes de la Intifada de 1987 que

se libró en Cisjordania y la franja de Gaza. Son conocidos, por tanto, como los del “interior”. Con el retorno a los territorios palestinos de los líderes de la OLP del “exterior” –conocidos como “los tunecinos”– a partir de 1994, gracias a los acuerdos de Oslo, y la creación de la AP, los cuadros del “interior” fueron marginados o cooptados en los nuevos ministerios o en uno de sus múltiples cuerpos de policía e inteligencia. Este proceso explica el contradicto-

5 La encuesta de opinión del mes de octubre realizada por el Jerusalem Media and Communication Center refleja un aumento del nivel de confianza hacia Hamas en los últimos meses (del 18'6% en junio al 20'7% en septiembre).

rio carácter del movimiento tal y como ha evolucionado a lo largo de los ocho pasados años del periodo de Oslo. Por un lado, el *tanzim* proporciona la base política y militar del gobierno de la AP. Por otra, ellos son su leal —e incluso potencialmente más sediciosa— oposición.

En el periodo inicial de Oslo, la tarea de Fatah era relativamente sencilla: consolidar y asegurar la supervivencia de la AP. En Gaza dedicó sus esfuerzos a reprimir el desafío planteado al nuevo régimen por las acciones políticas y militares de Hamas, una confrontación que llegó a su punto álgido el 18 de noviembre de 1994 en Gaza, momento en el que la policía reprimió tan duramente una manifestación de islamistas anti-Oslo que acabó con la vida de 16 personas. A lo largo y ancho de los territorios, la confrontación crucial llegó la primavera de 1996 cuando Hamas y la Yihad Islámica lanzaron una oleada de atentados suicidas en el interior del Estado hebreo en venganza por el asesinato por parte de Israel del “ingeniero” de Hamas, Yahya Ayyach, artífice del movimiento y cerebro de numerosas acciones armadas. En respuesta, Fatah ofreció una bendición pasiva —y activo apoyo en forma de oficiales en las fuerzas de inteligencia palestina— a la implacable supresión de la oposición islamista por parte de la AP.

A partir de aquel momento las bases de Fatah fueron asumiendo un nuevo papel. El liderazgo palestino estaba unido a las estructuras políticas, económicas y de seguridad de

los acuerdos *transitorios* de Oslo. El gobierno israelí estaba determinado a convertir esos acuerdos en una realidad permanente en Cisjordania y Gaza. Por otro lado, con la derrota de los islamistas, la esfera política palestina estaba privada de una oposición, ya que tanto los históricos partidos de oposición a la OLP y las organizaciones de la sociedad civil habían perdido hacía tiempo su base

popular en Cisjordania y Gaza. Se abría entonces un vacío que fue paulatinamente llenado por el *tanzim*, desde donde comenzó a criticar las actuaciones de la AP como autoridad nacional tanto en su gestión de la política interna (o más bien la inexistencia de la misma), como su conducta en relación con Israel y los EEUU.

Su oposición surgió de los términos mismos del proceso de Oslo, en el que las aspiraciones nacionales palestinas estaban

subordinadas a una estrategia de negociación basada en la diplomacia liderada por EEUU y la “cooperación en materia de seguridad” con las fuerzas militares y la inteligencia israelí. En su lugar, los líderes de base comenzaron a poner por delante “otras opciones” aparte de las negociaciones y la consolidación de la AP. Las relaciones con el gobierno de Israel y el “campo de la paz”, y la cooperación diplomática con EEUU y la UE son aceptables, pero no como sustitutos de “otras opciones”.

Un punto fundamental de su política es el llamamiento que hacen a apartar la lucha palestina fuera de la tutela de la diplomacia regional de EEUU y de la hegemonía de Israel.

El liderazgo
palestino estaba
unido a las
estructuras
políticas,
económicas y de
seguridad de los
acuerdos
transitorios de
Oslo



En opinión de Fatah la resolución del conflicto debería ser negociada en el marco de las Naciones Unidas, que es a donde pertenece. Además cualquier “fin del conflicto” debe incluir la total retirada de Israel a las líneas de 1967, incluyendo Jerusalén Este, y el reconocimiento del principio del derecho de retorno de los refugiados palestinos “a sus casas” en la Palestina geográfica.

Los líderes del “interior” apuestan por una genuina coalición nacional entre todas las facciones palestinas, que incluya también a los movimientos islamistas que no pertenecen a la OLP, Hamas y la Yihad Islámica, unidos bajo unos objetivos nacionales comunes de independencia, retorno, soberanía y fin de la ocupación. La condición previa de tal coalición, desde luego, es la destrucción de los términos del proceso de Oslo y, sobre todo, la ruptura de la cooperación en materia de seguridad que el acuerdo prevé entre la AP, Israel y la CIA. El estallido de la Intifada del Aqsa permitió a Fatah promover cada uno de esos objetivos políticos con acción concreta.

Por el momento, estas tendencias contradictorias tanto en el interior de Fatah como en su relación con Arafat, han logrado competir coexistiendo, e incluso completarse unas a otras. Prominentes líderes como Marwan Barguti, Secretario General de Fatah en Cisjordania, pueden ser

muy críticos con la AP, pedir que Arafat acabe con la grave corrupción que mina el sistema, y sugerir la formación de un “gobierno de la Intifada” basado en la unidad nacional y la unión de objetivos establecidos a nivel local de forma democrática⁶. Sin embargo, no ha habido un desafío abierto al actual liderazgo o a su legitimidad, y Fatah incluso ha asegurado la lealtad formal de las Fuerzas Nacionales e Islámicas a la Autoridad Palestina. Por su parte, la AP ha estado evitando tomar medi-

das que pusieran a prueba la lealtad de Fatah o supusieran la ruptura de sus relaciones con otras facciones de las FNI.

En opinión de algunos analistas⁷, en ocasiones, el uso de la fuerza militar ha reflejado las tensiones y rivalidades entre actores clave dentro de Fatah y de la AP, particularmente en Cisjordania. Una compleja relación se obtiene allí entre Arafat, el popular Marwan Barguti, los rivales de Barguti dentro de Fatah, y los distintos cuerpos de seguridad de la AP, principalmente la Seguridad Preventiva

encabezada por Yibril Rayub y, en menor medida, por la Inteligencia General encabezada por Tawfiq Tirawi. Esa rivalidad no expresada entre los diferentes jefes de los cuerpos de seguridad responde a la implícita carrera por la sucesión de Arafat. Otra muestra de la “disfuncionalidad” de Fatah la constituye la actuación de sus activistas de origen

Los líderes del
“interior”
apuestan por
una genuina
coalición
nacional entre
todas las
facciones
palestinas,
incluidos los
islamistas



6 Véase *El País*, 25 de septiembre de 2001, pág. 16.

7 Véase Sayigh, Yezid: “Arafat and the Anatomy of a Revolt”, *Survival*, vol. 43, otoño de 2001, pág. 53.

refugiado cuyo recurso a las armas ha sido desencadenado por su marginalidad social, económica y política, no paliada desde la instalación de la AP en 1994.

¿Una nueva elite?

El descrédito de la elite de Oslo tras el fracaso de unas negociaciones cuyo resultado –ya no les cabe ninguna duda a los palestinos– aseguraba de nuevo el poder y sometimiento a Israel, frente a un acuerdo basado en la justicia y el derecho internacional, contribuyeron a la explosión de la Intifada del Aqsa.

De manera significativa, el actual levantamiento ha estado liderado por elementos de la elite de la primera Intifada. La policía y los aparatos de seguridad dirigidos por los del “exterior”, no desempeñaron ningún papel en las primeras semanas del levantamiento, ni participaron en él, aunque tampoco trataron de pararlo. Más bien, fueron los del “interior” los que tomaron la iniciativa como hace una década. El prominente papel desempeñado por estos dirigentes del interior, junto con la ausencia de la escena desde septiembre de los miembros de la también conocida como “aristocracia de Oslo” (excepto de Arafat), hacen pensar en un cambio significativo en la política palestina si esa dinámica persiste.

Si las elites de Oslo continúan políticamente marginadas, y las fuer-

zas de la Intifada siguen introduciéndose en las estructuras de la Autoridad, es posible que la escena política palestina sufra una transformación positiva, puesto que, además de gozar de mayor popularidad, han demostrado sus preferencias por una gestión democrática.

Este hecho podría aportar consecuencias profundas en tres sentidos. Primero, las elites de la Intifada son menos proclives que las de Oslo a

aceptar un mal pacto con Israel. Aunque están abiertos a la paz, también han demostrado su voluntad de enfrentarse al Estado hebreo siempre que esto sea necesario.

Segundo, cualquier acuerdo de paz conseguido con las elites de la Intifada tiene una mayor probabilidad de perdurar y de ser aceptado por la sociedad palestina. Sus credenciales nacionalistas son más fuertes que las de los venidos del exterior.

Tercero, la incorporación de las elites de la Intifada a las estructuras

del poder de la Autoridad Palestina haría presagiar una Palestina más estable, y quizá con el tiempo, más democrática.

También es cierto que, una vez que la Intifada termine, aquellos que desde Fatah intentan acabar con la corrupción, descentralizar el poder, y, en definitiva, cambiar el sistema, pueden verse vistos cooptados por el mismo. Incluso, la “aristocracia de Oslo” podría volver rápidamente a dominarlo⁸.

Gracias a la
fuerza de la
Intifada es
posible que la
escena política
palestina sufra
cambios
significativos y
una
transformación
positiva



8 Véase Seitz, Charmaine: “The Search for Good Governance in Palestine”, *Middle East Report*, núm. 220, otoño de 2001.

Un escenario movedido

Los cada vez más frecuentes llamamientos a la unidad nacional oídos a lo largo y ancho del espectro político palestino son el testimonio de un sentimiento popular de que se necesita encontrar una “tercera vía” a las variables “negociación” frente a “resistencia”. Los principios fundamentales de esa tercera vía llaman a un rechazo de cualquier intento de volver al proceso negociador, la adopción de la Intifada como una estrategia nacional, la creación de un gobierno de unidad nacional, y la unificación del discurso palestino que rodea a la Intifada. Aunque la AP adopta una postura populista en relación a la necesidad de la unidad nacional, se debe entender claramente que eso significa “en sus términos”. Teniendo en cuenta el deseo de la AP de retener el control de la toma de decisiones y unir a todo el mundo tras de sí, la probabilidad de que emerja tal tercera vía es improbable.

Arafat tiene una táctica que le permite mantener la Intifada como un as en la manga —“nadando y guardando la ropa”—, al tiempo que asegura su posición como peón necesario tanto en el ámbito local para mantener el orden, como a nivel internacional como interlocutor fundamental en cualquier negociación.

Al mismo tiempo, es necesario cuestionarse la eficacia de una revolución que se divide en dos agendas

políticas completamente diferentes entre los que hacen un llamamiento a la reanudación de las conversaciones de paz, y entre aquellos que llaman a la resistencia. En lugar de una estrategia única, impera toda una difusión de estrategias divergentes que en ocasiones se complementan y en otras difieren notablemente. Este escenario plantea dos importantes cuestiones a las que todavía hay que responder. Primero y fundamentalmente, cuánto tiempo

¿Cuánto tiempo será capaz de resistir el pueblo palestino la brutalidad de las incursiones del Ejército israelí y su política de “asesinatos selectivos”?



serán capaces de resistir los palestinos la brutalidad de las incursiones israelíes y sus políticas asesinas, mientras que las demandas políticas elaboradas por la AP en los foros internacionales no reflejan las razones reales del porqué los palestinos eligen resistir en primer lugar (el propio proceso negociador disfraza ocupación continuada como *paz*). Por otro lado, las relaciones entre las distintas fuerzas resultan tan coyunturales, que existe un enorme potencial de

que los objetivos de la Intifada sean sacrificados para asegurar la continuidad de la Autoridad Palestina o del mismo Arafat.

Incluso si las presiones internacionales y la activa intensidad diplomática consiguen que las negociaciones se reanuden teniendo como referente a seguir el plan Mitchell⁹ —verdadero regalo para Israel, pues encierra pocas promesas para los palestinos de que sus expectativas sean cumplidas—, y Arafat retoma el

9 Véase Álvarez-Ossorio, Ignacio: “Informe Mitchell: El epílogo del proceso de Oslo”, *Nación Árabe*, núm. 45, verano de 2001, pp.: 61-71.

papel que Oslo le asignó, es decir, el de ser garante de la seguridad como demostró en Gaza el 8 de octubre reprimiendo duramente una manifestación islamista en contra de los bombardeos de Afganistán, sin que

eso se traduzca en hechos que cumplan mínimamente con las expectativas de su gente, más volátil e incluso violenta se convertirá la relación de la Autoridad Palestina con su propio pueblo. ■
